

Libros

14

COMUNICADOS DE LA TORTUGA CELESTE

ANDRÉS IBÁÑEZ

¿QUÉ PASA EN EL CIELO?

MI amiga, el ayahuasca, me dice que pronto seremos testigos de un fenómeno cósmico. ¿Qué tipo de fenómeno cósmico? Pero mi amiga, el ayahuasca, no contesta a preguntas que empiezan con «qué», «cuándo» o «por qué». En realidad no contesta a ninguna pregunta: lo que hace es regalarte imágenes. Veo imágenes de luces en el cielo y de soles pariendo soles verdes. Pero esto es solo decoración. Imágenes superficiales, producidas en la superficie del ojo. Las imágenes significativas se producen más adentro. Vienen de un lugar que uno no puede controlar ni manipular.

Una mañana de diciembre de 2009 (como informé este mismo periódico), los noruegos vieron un inmenso sol verde atravesar los cielos trazando una espiral. Nadie pudo explicar de qué se trataba. El fenómeno duró unos tres minutos y fue ampliamente observado por controladores aéreos, meteorólogos y aficionados. Un meteorólogo postuló que podría tratarse de la estela dejada por un misil ruso. Los rusos negaron haber lanzado ningún misil. La aparición de la espiral misteriosa coincidió con la llegada del presidente de Estados Unidos a Oslo para recibir el Premio Nobel.

Al caer la tarde

Hace unas semanas que me fascina la contemplación durante la noche de una potentísima estrella que yo jamás había visto antes. No sé si es una estrella, un planeta u otra cosa. Está cerca de Venus, y aparece junto con Venus cuando comienza a caer la tarde. Luego, cuando la oscuridad llena el cielo, su luz se hace cada vez más potente. Y es mucho más potente que la de Venus o la de Sirio, que es la estrella más luminosa del cielo. No solo es más potente, sino que es visiblemente más grande que cualquier luz del cielo con excepción de la luna. ¿Qué diablos es eso?

Me voy a internet, navego un poco y me sorprende que no aparezca nada en ningún sitio. ¿Es que soy yo el único que ve esa estrella gigantesca

en mitad del cielo? No, claro que no es posible. Recuerdo *La estrella misteriosa* de Tintin, una maravillosa aventura de los primeros tiempos del célebre periodista, y recuerdo también *2010*, la segunda parte de mi película favorita, *2001, una odisea del espacio*, en la que Júpiter termina convirtiéndose en un segundo sol en el cielo, lo cual constituye un mensaje de nuestros amigos interestelares de que no estamos solos en el cosmos. Y *Otra tierra*, una película reciente, donde aparece un nuevo planeta en el cielo, idéntico en todo al nuestro.

Pocos testimonios

Visito YouTube y me encuentro con muchos videos de esos que uno siempre encuentra en YouTube, que aseguran que Júpiter se está, de hecho, convirtiendo en un sol. ¿Será Júpiter esa luz gigante que veo en el cielo por la noche? ¿Habrá estallado Júpiter y tendremos a partir de ahora dos lunas, o dos soles?

Busco y busco. Hay una página, *abovethetopsecret.com*, donde se habla de esa nueva estrella. Es de alguien que la ve desde Estados Unidos. He encontrado testimonios en Florida, en Australia. Sí, también la ven en Australia, desde el hemisferio sur. Muy pocos testimonios teniendo en cuenta los miles de millones de personas que pueden ver esa nueva estrella cada noche. ¿Qué es lo que pasa?

Imaginemos que lo que representa esa «nueva estrella» es tan terrorífico o tan inesperado que los astrónomos no se deciden a contarnos lo que saben. Imaginemos que no es nada terrorífico, sino todo lo contrario. Imaginemos que no es nada, aunque no es posible que no sea nada una gran luz en el cielo. Aparece en el momento en que todo se desmorona a nuestro alrededor y en que nuestra cultura parece enfrentarse a un cambio sin precedentes. ¿Es una señal? ¿Una simple casualidad? ¿Es un meteorito gigante que va a estrellarse contra la tierra? ¿Es el heraldo del fin?

El inicio de la era cristiana se señaló con una nueva estrella en el cielo. ¿Será esta la misma estrella?

ESCRIBID, MALDITOS



TRILOBITES

BREECE D'J PANCAKE

Traducción de
Albert Fuentes
Alpha Decay
Barcelona, 2012
229 páginas, 21 euros

★★★★



DESVENTURAS DE UN FANÁTICO DEL DEPORTE

FREDERICK EXLEY

Traducción de
Antonio-Prometeo Moya
Duomo, Barcelona, 2012
314 páginas, 22,80 euros

★★★★

Hay escritores que nacen malditos y hay escritores que mueren malditos.

Y unos y otros –generalmente por todas las razones incorrectas, como puede ser un gran talento para construir la propia autodestrucción– permanecen malditos después de su final. Y así sus obras son leídas a través del prisma distorsionador de lo anecdótico, que garantiza el miniculto enfermizo, pero no el ingreso en lo más saludable de la gran cultura. Cuando hay un suicidio o una vida demasiado parecida a un suicidio a cámara lenta, a menudo la muerte no permite apreciar la obra del mismo modo en que, en ocasiones, los árboles no dejan ver el bosque.

Y de acuerdo y por orden de desaparición: el muy joven y boscoso Breece D'J Pancake (Virginia Occidental, 1952) mordió el cañón de un rifle y apretó el gatillo el 8 de abril de 1979. Algunos llegaron a dudar del asunto –había indicios de que Pancake andaba con misteriosas malas compañías– y pensaron que se trató de una escenificación que ocultaba un asesina-

to. Pero basta de todo esto y concentrémonos en el puñado de doce maduros y resistentes relatos que dejó el frágil joven y que se reúnen, a modo de breves pero contundentes obras completas, en *Trilobites*.

El viento del pasado

Desde el principio, queda más que claro que Pancake fue el dedicado continuador de una tradición muy norteamericana: la literatura de los espacios abiertos. Ese lugar sin fronteras en el que comulgaron

gente como Cooper, Emerson, Thoreau, London, Hemingway, Steinbeck, Maclean, Stegner y, en nuestros días, McGuane, Harrison, Guterson, Mathiesen, Bass, Duncan, McCarthy y el muy sobrealorado Vann.

Seis de sus cuentos –publicados en vida en la prestigiosa y prestigiante *The Atlantic*, donde se produjo la errata que decidió no corregir de ese *DJ* reemplazando al *D. J.* de Dexter John, su verdadero nombre– le ganaron a Pancake el amor de muchos lectores anónimos y de firmas célebres como la de Joyce Carol Oates, la del gran John Casey (quien firma la introducción y quien, de paso, debería ser pronto traducido) y la del más grande aún Kurt Vonnegut, que no dudó en definirlo como «el mejor y más sincero escritor que jamás conoceré».

Aquellos que lo conocieron insisten en afirmar que «Breece jamás supo lo bueno que era».

Trilobites nos ofrece el consuelo y la oportunidad de saberlo nosotros en páginas donde el paisaje siempre es protagonista y el pasado es un viento que no deja de agitar los árboles de un territorio



APLAUSO UNÁNIME

Los cuentos de Breece D'J Pancake tienen grandes defensores, como Joyce Carol Oates (a la izquierda) y Kurt Vonnegut



-Virginia Occidental- que no quieren dejar atrás granjeros y boxeadores y camioneros y exconvictos y mujeres vencidas por el peso de los machos. Un sitio en el que los temores se disipan «en anillos concéntricos a través del tiempo, durante un millón de años», y la figura de un padre muerto trepa hasta las nubes.

Así, títulos como «Trilobites», «Quebrada», «Cazadores de zorros» y «De la leña seca» se leen primero como anécdotas compactas y casi espartanas, pero enseguida adquieren la resonancia de poemas merecedores de varias visitas.

Que pase el siguiente: en 1968, Frederick Exley (1929-1992) deslumbró con *Des-*

venturas de un fanático del deporte, cima de esa añeja y recurrente «novedad» de la autoficción y/o «literatura del yo». Libro extraño pero inmediatamente amistoso; la excusa de celebrar la figura del ídolo del fútbol americano y jugador de los New York Giants Frank Gifford es, en realidad, la coartada que tiene



Descansen en paz

La (mala) vida y, sobre todo, la muerte han rodeado de un aura de malditismo al autor de «Trilobites», Breece D'J Pancake (en la imagen superior), y al de «Desventuras de un fanático del deporte», Frederick Exley (sobre estas líneas). El primero mordía el cañón de un rifle y apretaba el gatillo el 8 de abril de 1979. La historia del segundo mezcla estancias en psiquiátricos, alcoholismo y varios divorcios. Un tercer ataque cardíaco acabó con él en 1992. A la izquierda, el jugador de los New York Giants Frank Gifford, protagonista de la novela de Exley

Exley para hablarnos, torrencialmente, de sí mismo en lo que definió como «una memoria ficticia» sobre ese «malestar» que era su existencia.

Y en su momento, *The New York Times* tituló su necrológica con un «Murió el escritor que nos contaba sus problemas». Y Exley tuvo muchos porque el problema era él. Una biografía de Jonathan Yardley -*Misfit: The Strange Life of Frederick Exley*, de 1997- da cuentas de una personalidad difícil y de una persona más complicada aún a la que no convenía acercarse demasiado por su poder de erosión. Internamiento en sádicos psiquiátricos, alcoholismo, varios divorcios y adicción a las galletas Oreo fueron algunas de sus complicaciones. Nada de esto le evitó la admiración de (de nuevo) Kurt Vonnegut, William Styron, David Markson, Robert Penn Warren, James Dickey, William Gass, Nick Hornby y Larry McMurtry.

Errores que se repiten

Exley continuó entonando sus blues en *Pages from a Cold Island* (de 1975), donde la figura del megaintelectual Edmund Wilson reemplaza a la de Gifford como tótem, y *Last Notes from Home* (de 1988), donde se adentra aún más en el conocimiento de sus errores, sin que esto signifique no volver a repetirlos una y otra vez hasta un definitivo y tercer ataque cardíaco. Hoy, *Desventuras...* es película (mala), forma parte de la canonizadora Modern Library, y la figura de su autor ha sido recientemente homenajeada en la novela *Exley*, de Brock Clarke, autor de la meritoria *El club de los pirómanos para incendiar casas de escritores* (también en *Duomo*). A veces pasa: un inmenso fracaso acaba perdurando como un gran éxito.

Exley -como «héroe»- está a la altura de los de *Alguien voló sobre el nido del cuco* o *Trampa 22*. Pancake, como evocador naturalista, no tiene nada que envidiarle al Nick Adams de Ernest Hemingway. Uno y otro, descansan en paz.

Pero no hablemos tanto de ellos. Mejor, leámoslos en el más respetuoso y admirado de los silencios, conociendo y reconociendo que sus pequeñas vidas fueron sus grandes obras.

Que sigan y seguirán vivas. Benditas sean.

RODRIGO FRESÁN